

ENTRE EL ARCAISMO Y LA MODERNIDAD

EUGENIO LAHERA

Muchos chilenos de diferentes posiciones políticas y filosóficas pensamos que el país está en un momento especial de su historia. En estos meses se han tomado y se tomarán algunas decisiones que afectarán el futuro nacional y también el de cada uno de nosotros.

Lo especial de la coyuntura es que Chile avanzará hacia la democracia, después de un largo período de dictadura personalizada. Sin embargo, el paso de la dictadura a la democracia es parte de una transición más amplia y profunda, la de una sociedad con importantes resabios arcaicos a otra de mayor modernidad. La dictadura personal en lo político y el extremismo neoconservador en lo económico son formas arcaicas que la mayoría de los chilenos queremos reemplazar por la democracia y por un desarrollo económico que combine la transformación productiva con la equidad. Queremos entrar a la modernidad por la puerta de adelante y sin que se nos quede la mitad de la población afuera. La dictadura es arcaica, mientras que sin democracia no hay modernidad que merezca tal nombre.

Sintetizando nuestro planteamiento, *el dilema de Chile es el de conformar un orden post-oligárquico cuyo contenido sea nacional. Ello requiere la democracia, de modo que la diversidad y la riqueza del país se articulen de un modo creativo.*

En nuestro país, como en otros de América Latina, sigue pendiente la consolidación de lo que Aníbal Pinto ha llamado el "orden post-oligárquico". El orden oligárquico se fue disolviendo como resultado de la dialéctica que impulsa la modificación social a partir de la diferenciación y la superación de lo que existe. Su lenta descomposición, sin embargo, retiene arcaísmos o formas sociales atrasadas.

Hoy nos parece simple el orden oligárquico; estaba centrado en el predominio de un grupo social reducido, cuyas principales bases de poder económico, social, político y cultural eran la propiedad latifundista y el control del Estado. El fundo aparece como la matriz de la sociedad, con su economía de tecnología pobre y con fuerte subsidio salitrero; su arquitectura social en la que patrones y rotos sabían su lugar y los demás eran advenczidos o siúuticos; y su visión ideológica conservadora y de religio-

sidad formal.¹ Una característica principal de lo oligárquico es la de ser excluyente —más allá del círculo de asimilados—, lo que en su propio contexto parece natural: hoy es arcaico.

DESORDEN AUTORITARIAMENTE CONCERTADO

Mirando hacia más atrás vemos la disolución del régimen oligárquico y la búsqueda, a partir de los años veinte, de una alternativa post-oligárquica viable. El Frente Popular correspondió a una combinación mesopopular que puso las bases del Chile que todos conocemos, pero que se

desdibujó, sin ser superado de manera eficaz. Los intentos "fundacionales" que le han seguido hasta hoy no han logrado prender, a pesar de las significativas diferencias entre ellos. La construcción de un orden nacional post-oligárquico sigue pendiente en nuestro país.

Chile no es más una sociedad oligárquica, pero padece de arcaísmos importantes. Por una parte, ya no hay más latifundios y las fuentes principales de las exportaciones son nacionales y están bien administradas, como resultado de políticas seguidas por los gobiernos democráticos, principalmente la nacionalización del cobre y la reforma agraria, con toda su compleja evolución. Por otra parte, hemos tenido una dictadura en lo político; una economía incapaz de aumentar de modo significativo el producto *per cápita*; tradicionalismo y segregación social y racial en lo social; y una creatividad estructuralmente reprimida en lo cultural. No es realmente

¹ Nuestra literatura ha documentado el lentísimo ocaso de la oligarquía con detalle —hasta con exceso— desde *Casa Grande*, de Orrego Luco. En *Durante la Reconquista* todavía tiene mucha vitalidad.

moderna una sociedad en la que, parafraseando a Enrique Molina, unos pocos consumen como desarrollados y el país produce de modo primitivo: más objetos importados para un grupo reducido de personas en medio de un océano de pobreza no es modernidad. Tampoco es más moderna una sociedad por el mero hecho de poner más objetos a disposición de los consumidores; lo es porque sus relaciones sociales son superiores.

Existe un enorme número de compatriotas para los que la vida en el Chile de hoy es fuente de continuos pesares e injusticias, cuyos hijos no tienen oportunidades y cuyos grupos familiares no tienen esperanza sobre el futuro. A este país que hoy es capaz de exportar como nunca antes, se le quedó atrás la salud, la educación, la vivienda y la justicia para la enorme mayoría. Esto no corresponde al "orden de las cosas", sino a un desorden autoritariamente concertado.

UN PROYECTO ABIERTO

Que se nos entienda bien, lo arcaico, el peso de la noche, tiene muchas raíces: varias de ellas no son políticas sino sociales, culturales o económicas. Entre las causas que favorecen la reproducción de formas arcaicas también los hay de centro y de izquierda mientras que, como es evidente, algunas ideas políticas de la derecha son razonables. El gobierno anterior realizó un conjunto indiscutible de modernizaciones. La mantención de rasgos arcaicos no es el resultado de una

gran conspiración... aunque a veces éstas ayudan. Lo arcaico aparece en los lugares más impensados, incluyendo por cierto el origen social y o las actitudes de muchos dirigentes de partidos progresistas. Arcaico y antiguo no es lo mismo, al igual que moderno y nuevo no es igual; lo arcaico puede disfrazarse de nuevo. Cada uno de estos factores hace que la realidad sea más compleja que una división entre buenos y malos.

Pero, mientras lo oligárquico es simple, porque corresponde al sentido común acumulado y depurado, lo post-oligárquico es complejo, porque diversas tendencias pugnan por ordenar a las demás. La simplicidad de lo oligárquico se fue diversificando de modo desigual y con ritmos diferentes, a partir siempre de sus propios elementos y sus desarrollos. El margen de la "ingeniería social" positiva es pequeño, mientras la ingeniería social reaccionaria suele dar zarpazos crueles. Se profundiza así la heterogeneidad de una sociedad en la que conviven rasgos de modernidad con rasgos arcaicos: La Dehesa y La Victoria, al estilo de Sudáfrica. Un cuarto de los chilenos es indigente y la mitad son pobres; un millón de compatriotas no tiene acceso al agua potable ni la electricidad. La segregación se convierte en un componente del estilo de desarrollo.

Lo moderno no puede cerrarse en torno a una sola idea, porque el mundo no funciona así. Lo nuevo requiere elaboración, es empresa y desafío. A todos los chilenos no nos une ni nos unirá una ideología, un credo o una empresa bélica; sólo la

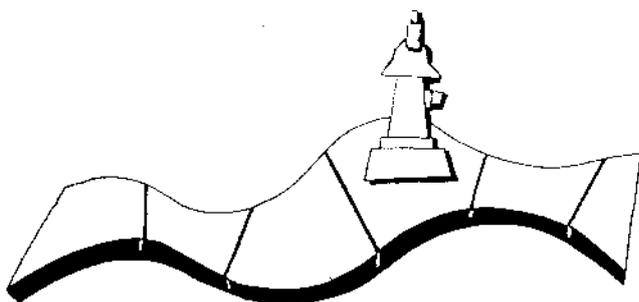
libertad podrá unirnos en un futuro compartido. Y un proyecto libertario es, por definición, un proyecto abierto, un camino por hacer.

RESULTADO DE LARGA ACUMULACION

Por lo dicho, no es raro que existan diversas concepciones de la modernidad y que se hayan dado diferentes patrones de modernidad, no todos buenos, ni cualquiera apropiado para el mayor desarrollo posible para Chile. La modernidad es un objetivo compartido por todos; sin embargo, el tipo de modernidad, cómo se alcanza y a cuántos toca, son temas de profunda división ideológica y de intereses. Para nosotros la modernidad significa democracia en lo político, creciente igualdad de oportunidades en lo social, crecimiento sostenido en lo económico y la más amplia libertad de creación en lo cultural; la modernidad que queremos es patria para todos. Y algo muy importante es que todo sea hecho con el arte de avanzar seguros, sin progresos rápidos pero efímeros.

La diversidad es, por lo tanto, una característica esencial de una sociedad en transición a la modernidad. Es parte de su riqueza, si bien plantea también problemas nuevos. La diversidad significa terminar con dicotomías simplistas: crecimiento o equidad, cambio social o modificación de la situación de la mujer.

Es fundamental comprender al país real: Chile es una realidad social, no es un fundo ni una opción ideoló-



gica; va más allá de los modelos, existe más acá de las utopías. El país ha sufrido los embates —a veces bien intencionados— de muchos mesías en todos los tamaños; no hay problema para el que no exista una explicación y una solución globalizante; el ideologismo es una enfermedad nacional. Pero, Chile ha sido hecho con el aporte de personas muy diferentes; no es una obra de un grupo ni se hizo en unas décadas. Es el resultado de una larga acumulación de historias que, desde distintas perspectivas, han hecho avanzar al país, lo han hecho mejor y más complejo. Esto sigue siendo así y seguirá siéndolo en el futuro, especialmente si dejamos de negarnos unos a los otros.

EVIDENCIA DRAMÁTICA

Dada la actual diversificación de lo real, el contenido del orden post-oligarquico moderno debe ser nacional, esto es, inclusivo. La mantención de la exclusión y el cierre autoritario de las diferencias es una vuelta atrás, un arcaísmo y hace peligrar la proyección histórica del país. Pasó la hora del despotismo ilustrado, especialmente si los déspotas no son ilustrados.

Para algunos, lo nacional se refiere al pasado y se relaciona con grupos pequeños. Para nosotros, lo nacional tiene que ver principalmente con el futuro y se refiere a las mayorías. Debemos dejar de suponer que la solución del problema de Chile es eliminar chilenos de diversos mercados o ignorar las necesidades de la

mayoría de los chilenos: ambas actitudes en realidad suponen que el problema no existe, lo que las hace malas soluciones. El dilema de Chile es cómo integrar a todos los chilenos a un presente compartido y en el que todos encuentren un lugar. El contenido actual de lo nacional es lo popular, que tiene que ver con las grandes mayorías nacionales, marginadas de mancha diferencial en la discusión de lo público de su propio país.²

La dictadura puso en dramática evidencia que lo nacional no es algo dado, ni es necesariamente un proceso que no pueda ser interrumpido. La sociedad chilena puede ser efectivamente disgregada, atomizada por un grupo minoritario que cuente con la fuerza suficiente para ello. El pasado reciente ha desarraigado a muchos chilenos, la mera subsistencia ha sido un triunfo frente a políticas tan excluyentes en lo político, económico y en lo social.

UN PAPEL IRREEMPLAZABLE

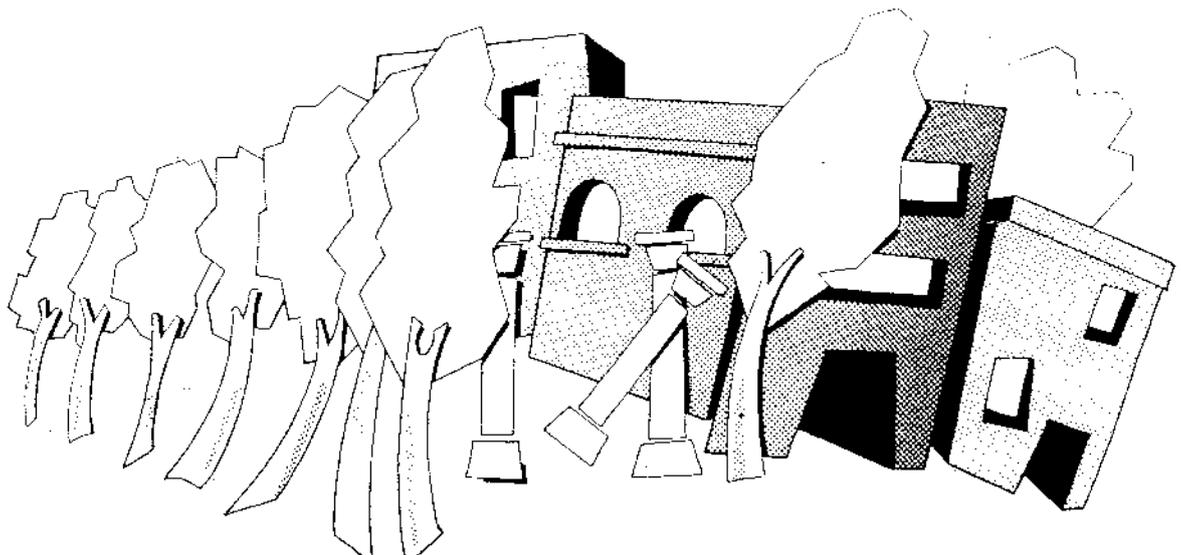
La crisis es de tal magnitud y profundidad que las soluciones tradicionales no sirven para superarla. No hay persona, partido o grupo social que pueda darle solución por sí solo. Este es el punto central que debe plantearse y resolver cualquier propuesta para el Chile de hoy, el de una salida nacional a la crisis.

² Eugenio Lahera: "Lo nacional y lo popular"; *Kritica* núm. 22, Santiago de Chile, diciembre 1986 - enero 1987.

Sólo una amplia mayoría popular puede proponerse resolver con éxito una solución verdaderamente nacional para el país. No se trata de "vestir" el programa propio con lo nacional. Como señala Enzo Faletto, se trata de constituir, además de la autoidentidad, una propuesta de identidad colectiva. No se trata de tener una visión idílica ni de sumatoria de intereses, sino de articular el conflicto social —dato básico de la realidad— en torno a la creación paulatina de un sistema distinto de relaciones sociales. No hay proyecto sin conflicto, pero el conflicto puede ser creativo en democracia. La diversidad de colores del arcoiris es la que le da su belleza.

Esta es la opción que enfrentamos, la que no puede rehuirse. No sirve de nada mirar el pasado y lamentar la pérdida de la unidad, como hacen algunos distinguidos historiadores conservadores. Tampoco sirve considerarse impotentes frente a la pulverización del accionar humano y comunitario, como hacen algunos post-modernistas. Hay que ser capaces de unir en la diversidad a todos los chilenos; esta empresa es posible, además de necesaria. Nuestro creadores lo saben y nuestros políticos parecen haberlo aprendido.

Por lo anterior, pensamos, perderán actualidad los partidos monotemáticos, homogéneos socialmente. No hay "portadores del futuro", salvo la sociedad misma; no hay clases o grupos que sepan mejor lo que hay que hacer por el mero hecho de ser tales. Es aquí donde los movimientos sociales y políticos tienen un papel irremplazable que cumplir. Pensa-



mos en partidos grandes, representativos y serios, democráticos hacia la sociedad y también internamente.

ADMITIR LAS DIFERENCIAS

Un enfoque nacional es popular en sus objetivos y democrático en su modalidad: el sujeto nacional y popular del orden post-oligárquico sólo puede expresarse de modo democrático. La democracia es un fin en sí misma, ya que es la mejor forma en la que la sociedad real se expresa y constituye como tal.³ Es también garantía de estabilidad, ya que junto con el cambio en los programas y las personas se discontinúa una administración, pero no el país.

La democracia es también el mejor camino a la modernidad, ya que ella permite que los factores dinámicos de la sociedad se expresen y armonicen de un modo a la vez más intenso y más equilibrado, que exista una activa competencia de ideas y programas. El procesamiento civilizado de las diferencias en todos los terrenos favorece el progreso de la sociedad, a partir de su propia realidad. Pretender "instrumentalizar" la democracia es antidemocrático. Por otra parte, los cierres no democráticos de los conflictos sociales son siempre negativos: para dejar mejor a unos pocos dejan peor a la mayoría. La fuerza debe servir a la justicia, como señalara el Padre Hurtado.

Este es un país chico, que requiere orden para dar todo de sí. La libertad sin orden produce anarquía, pero el orden sin libertad sólo produce plantas de invernadero. Aprendamos a admitir las diferencias y a vivir con ellas. Para eso es necesario, por un lado, fomentar la tolerancia y aislar a

³ Ella requiere para su existencia de los requisitos fundamentales que señala Bobbio: participación universal en la toma de decisiones colectivas, respeto de la mayoría y existencia de opciones reales, las que a su vez dependen de la vigencia de los derechos de opinión, reunión, asociación, etcétera. En la democracia caben muchos contenidos, pero es muy exigente en pedir respeto para sus formas, porque precisamente en esto reposan todas sus ventajas. Norberto Bobbio: *El futuro de la democracia*; Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

los dogmáticos y a los absolutistas: por el otro, se requiere cautelar que los desequilibrios de poder y de oportunidades no sean tan grandes ni las injusticias tan flagrantes, que haya personas o grupos sociales que se descuelguen, que abjuren de su pertenencia nacional común.

UN ESTADO MEJOR

Dada la diversidad, parece clara la importancia del Estado como un agente regulador en las propuestas progresistas y como un enemigo a ser jibarizado, en las propuestas particularistas. Como señalara Keynes, el estado debe hacer aquello que nadie hace. Es fácil pensar mejores usos para el flujo de inversión de la CAP que lotear Santa María de Manquehue.

No hay mejor palanca que el Estado para "agrandar la sociedad civil", si se tiene conciencia de que hay que hacerlo. Reducir la discusión sobre el papel del Estado a su "tamaño económico" es entrar de lleno en la fantasía de la unilateralidad. Si bien existe una relación entre tamaño y carácter, ella corresponde mejor a tipos extremos. Nadie ha desmantelado mejor la sociedad civil que el Estado "prescendente" en lo económico. Por otra parte, en lo político y lo social, el Estado no sólo no ha sido prescendente ni neutral, sino activo, interviniendo y represivo. Por otra parte, los estados adiposos —grandes e ineficientes— tienden a cavar su propia tumba en todo el mundo.

El concepto de "áreas de propiedad", como unidades físicas que trabajan con lógicas diferentes, está superado. El sector público debe ser también eficiente y el sector privado debe ser productivo y no especulativo. La definición de las grandes orientaciones del desarrollo nacional no debe ser exclusivamente estatal ni privada (¡poco ganaríamos reemplazando a los grupos económicos por camarillas de burócratas!) sino que debe ser hecha por y para el conjunto de chilenos; su aplicación corresponde al trabajo de las empresas públicas y privadas.

Es necesario eliminar el doble estándar conforme al cual el Estado

es bueno si es mío y es malo si es de los demás: el accionar estatal debe corresponder a todos los chilenos. De allí que lo principal, pensamos, no es sólo el tamaño del Estado, sino también lo que hace el Estado; cómo se deciden, aplican, evalúan y modifican las políticas públicas que afectan la vida de todos. Necesitamos un Estado mejor: transparente, con funcionarios responsables de sus errores, un Estado democrático. Sólo de esa manera podrá evitarse en el futuro que cualquier cambio en los equilibrios de poder ponga al Estado al servicio de una minoría.

EN TODOS LOS ORDENES

Un instrumento principal de la modernidad en el siglo XX es la liberación de toda traba a la creatividad económica, cultural, política y social. El mundo se ha hecho más competitivo y hay menos lugar para la complacencia rentística. El principal desafío del país es la liberación de su propia creatividad. En lo económico, porque si no producimos más eficientemente y no agregamos valor a nuestros recursos básicos no llegaremos muy lejos. En lo político, porque necesitamos instituciones que correspondan a la sociedad chilena actual. En lo social, porque es tal la magnitud del déficit que tenemos, que no podemos tratarlo esperando que el bienestar "chorreé" hacia los pobres. En lo cultural, porque se requiere despertar las mayores aventuras culturales que aún duermen.

El país tiene límites geográficos solamente, ya que su profundidad potencial es prácticamente ilimitada. Chile es mejor porque han existido personas imaginativas, incluso soñadoras, que han concebido modos distintos de hacer las cosas más simples y más complejas en el terreno de la industria, la agricultura y la ingeniería; las instituciones políticas y el sistema educacional; la ciencia y la tecnología. En lo cultural, la Franja del No, la negra Ester y la Banda Bordemar son ejemplo de cómo un enfoque progresista es la mejor manera de hacer vivir y de profundizar lo antiguo, lo nuestro.

Hay que abrir los grandes cami-

nos a la creatividad que permitan nuestro enriquecimiento como sociedad a partir de la diversidad. La expresión armónica de la diversidad —esto es, la democracia— favorece e induce la creatividad en todos los órdenes.

OTRA MANERA DE ORIENTAR

Frente a esta realidad, ¿qué es ser progresista hoy en Chile?

Contrariamente a lo que se piensa, es difícil ser genuinamente progresista. Es fácil oponerse, criticar y denunciar; hay mucha estridencia fácil, mucha pose e inconsistencia. Es difícil ir al fondo de las cosas, tener proposiciones para cambiarlas y cambiarlas efectivamente. En cambio, es fácil ser conservador, seguir la corriente, repetir lo que se dijo.

Hirschmann señaló que siempre hay una explicación reaccionaria de por qué no debe tratarse de cambiarse algo, en lo posible disfrazada de interés general.⁴ Pero es una de las pocas leyes de la historia el que los cambios suceden a los cambios, que aún las realidades más homogéneas cambian a partir de sí mismas.

Ser protagonista, significa querer hacer lo más posible en el menor tiempo posible. Es tener sensibilidad frente al sufrimiento de otros chilenos con los que compartimos el país y su destino. Los conservadores privilegian un alcance parcial y selectivo de la modernidad, el que necesariamente adolece de rasgos arcaicos. Ser progresistas significa buscar modernidad para el mayor número en el menor

plazo posible y de un modo duradero, con instituciones sólidas.

No pensamos que las posiciones políticas están dadas por la estructura de clases; ser progresista es también un fenómeno de raíz subjetiva, ya que si todos los pobres de Chile tuvieran idéntica posición política, nuestro sistema político sería distinto. Por eso la discusión es tan importante, pese a que se la exorcise como "búsqueda de hegemonía" por nuestros conservadores, tan inseguros intelectualmente.

Lo que debe unir a los chilenos es su libertad y su confianza en el futuro compartido; hay que preocuparse más de los años noventa que de los sesenta o los setenta. Es el sentirse parte de un país que avanza con el aporte de todos los que viven en él. Y no existe mejor manera de mantener la libertad que la democracia, en la que cada persona o grupo puede hacer oír su voz. La gente debe discutir libremente y decidir civilizadamente, según la mayoría que se puedan formar respecto de los distintos temas. La eficiencia, la justicia social y la democracia son caminos al futuro. La dictadura personal, la polarización social y económica, la concentración excesiva del poder económico y del político, son anclas del pasado.

al descubrir lo nacional y lo popular, los progresistas hemos reencontrado a la mayoría. No aspiramos a más a ser un grupo de partidos pequeños, ni un mediano. Queremos transitar por un ancho cauce junto a un enorme número de chilenos y chilenas.

Descubrimos la mayoría y la mayoría se descubrió en nosotros. Al salir del grupito de iniciados, los chilenos realmente percibieron la posibilidad de otra manera de hacer política, otra manera de orientar el desarrollo nacional más acorde con la realidad. El progresismo integral estará de moda.⁴

⁴ Albert Hirschmann: "Doscientos años de retórica reaccionaria. El caso del efecto perverso"; *El Trimestre Económico* núm. 221, México DF, enero - marzo 1989.

